

Por lo demás, todo lo que dice Arellano respecto de que á nuestra salida de Querétaro nos haria pedazos el enemigo, es una mentira que solo puede decir un militar ignorante segun se probó pocos dias despues con la salida que hizo el jeneral Miramon por el camino que yo habia designado, en cuyo movimiento con solo dos batallones y alguna caballería, derrotó al enemigo que ocupaba aquella línea, segun yo habia previsto: le tomó prisioneros, víveres y ganado, y permaneció dueño del camino, que quedó sin uno solo de nuestros contrarios y á nuestra disposicion desde las seis de la mañana hasta las doce y media del dia en que por no tener ya objeto volvió á entrar en la plaza, sin que en todo este tiempo hubiera descendido de las alturas ninguna fuerza á batir á Miramon ni á reconquistar la línea que habia perdido el enemigo. Entónces vió el Emperador por sí mismo que era cierto cuanto yo le habia dicho. Que era fácil sorprender al enemigo cuando él no lo esperara: que era posible romper el sitio por el camino de Celaya, derrotando á las tropas que lo cubrian; posesionarnos de la estancia de las Vacas, y provocar una batalla en terreno donde todas las ventajas estuviesen de nuestra parte; ó bien ejecutar el movimiento que se creyera conveniente;

pero alcanzándose de luego á luego la muy grande de salir de la posicion en que estábamos tan mal, que con escepcion de lo que dejo dicho, ninguna otra cosa se podia emprender con buen éxito como se vió despues.

Asi es que, como el Emperador presenció, que, lo que yo le habia propuesto con todo el ejército era tan seguro, que Miramon lo ejecutó á su vista con unos cuantos soldados, S. M. me repetia á cada momento en el Cerro de las Campanas donde nos encontrábamos, presenciando el movimiento de Miramon, estas palabras: "Ahora veo que se puede salir de la Plaza..... Me habian engañado..... Hace tantas horas que somos dueños del camino..... Nadie baja á batir á Miramon....

## XI.

No hay remedio: Arellano se ha propuesto culparme por todo. ¡Paciencia! Es menester conocer el mundo, y saber que en la marcha de los tiempos hay épocas en que los que antes pedian un favor con el sombrero en la mano, vienen á ser fieros calumniadores de aquellos á quienes antes lisonjeaban. Es menester tener presente que en este mundo, como dice el proverbio, "no todo lo que relumbra es oro" y que hay hombres que pa-

recen muy sabios y no son mas que unos necios.

Desaprueba Arellano en este capítulo que el Emperador estableciera su cuartel jeneral (como él lo llama) sobre la misma línea de batalla en el Cerro de las Campanas, porque este procedimiento es contrario á las reglas del arte que lo prohiben á cualquiera en igual caso, aun cuando sea un Jeneral en Jefe.

En primer lugar, la residencia del Emperador allí, no se llamaba "Cuartel jeneral," como se llama la de un Jeneral en jefe, sino "Cuartel imperial," conforme al artículo 24 del título V, tratado VII de la Ordenanza jeneral del ejército, que hablando de la presencia del Rey en campaña, llama al lugar que ocupa "Cuartel Real."

En segundo lugar el Emperador no conocia el miedo, y rodeado de los valientes mas afamados del país, no era S. M. quien hubiera consentido jamas en situarse lejos del peligro porque era un héroe lleno de dignidad, de abnegacion y patriotismo como lo probó mas tarde dando su vida por su patria en ese mismo Cerro de las Campanas, y habria preferido morir cien veces á separarse de donde llovian los proyectiles enemigos. Así es que

ni por inspiracion mia, sino por voluntad suya, estableció su cuartel Imperial en el Cerro de las Campanas, acostándose como un soldado raso, sobre la tierra, y apoyando su coronada cabeza en la rueda de un cañon, mientras que Arellano dormia segura y cómodamente dentro de la ciudad, ó en una buena tienda de campaña; ni yo le habria aconsejado nunca que se separara del lugar del peligro, cuya sana intencion de mi parte, hubiera podido interpretaase maliciosamente por algun miserable que no me conociera. En consecuencia: ni yo tengo la culpa de que el Emperador estableciese allá su cuartel Imperial; ni yo podia ni debia, ni queria aconsejarle lo contrario; ni el Emperador de México habria recibido bien esas proposiciones, y mucho ménos accedido á ellas, porque sabia perfectamente que la gloria solo se alcanza en medio del peligro. Y tan malvado es Arellano en sus calumnias, que supone que yo dejaba allí al Emperador para que pereciese tal vez de una bala enemiga. ¿Pues qué, las que llovian sobre el Soberano, no pasaban sobre mí que estaba siempre á su lado? ¿No era muy posible que en vez de ofender á S. M. me matasen á mí? ¿cómo puede comprenderse entónces que yo tuviese una intencion dañada cuando daba al Mo.

marca la mayor prueba de lealtad esponiendo mi vida siempre á su lado?

Y en tercer lugar que las reglas del arte en la parte á que se refiere Arellano, esto es: en cuanto á cuidarse el Jeneral en jefe, no las observamos nunca en México. Allí el que manda una fuerza, en un hecho de armas cualquiera que sea su categoría, es el primero que se bate, está siempre en el lugar de mayor peligro, se pone á la cabeza de las columnas para dar la carga, y se presenta sin cesar en toda la línea de batalla, exhortando á sus sudordinados y dando ejemplo de valor con su arrojo. Demasiado lo sabe Arellano, como lo sabe todo el que conozca á México. Y si aun esto le parece mal, porque todo lo encuentra malo en el ejército mexicano, creyendo que allí nadie conoce la ciencia de la guerra mas que él, le recordaré que el Mariscal Forey cuando sitió á Puebla en 1863 estableció su cuartel jeneral en la misma línea de batalla á medio tiro de cañon, en el Cerro de San Juan, donde la plaza le metia sus proyectiles hasta dentro de su habitacion, pasando muchas veces muy léjos á retaguardia del cuartel jeneral. Y no por eso el Mariscal Forey se retiró de allí, sino que permaneció firme en su puesto hasta que concluyó el sitio. Cito este hecho, por-

que sabido es que el ejército frances sigue rigurosamente las prescripciones del arte. Otros muchos ejemplos pudiera presentar de jenerales muy entendidos, que han hecho lo mismo.

Mas adelante dice Arellano que yo inspiré la idea al Emperador de trasladar *su cuartel general* del Cerro de las Campanas al convento de la Cruz porque allí habia mas peligro en razon de haber cargado el enemigo el mayor número de sus fuerzas por aquel lado. Ese fué precisamente el motivo porque el Soberano se trasladó á dicho punto, puesto que ya nada tenia que hacer en el primero, y queria estar donde pudiese verlo todo mejor, sin que yo le aconsejase la eleccion de tal ó cual punto, porque S. M. sabia muy bien donde debia situarse.

Dice tambien que el panteon de la Cruz no estaba fortificado ¿cómo habia de estarlo, cuando nunca se pensó defenderse allí? Sin embargo de eso, si en la batalla del dia 14 de Marzo los contrarios ocuparon por un momento una parte de él, en el acto mismo salí yo en persona con el muy bizarro teniente coronel D. Juan de Dios Rodriguez y algunos soldados del batallon del Emperador, y los arrojamos de allí, reconquistamos el

panteon, y lo guarnecí convenientemente sin que nuestros adversarios v olviesen á poner un pié en aquel lugar, miétras yo estuve en Querétaro. Por lo demas, las obras de defensa que se hicieron en dicho punto, como todas las otras de mi época, fueron mandadas ejecutar por mí segun las ordenes del Emperador, de acuerdo con mi opinion. Arellano que no es mas que Artillero nada tenia que ver en todo esto, y mucho ménos cuando teniamos á un escelente comandante jeneral de Ingenieros el Jeneral Reyes que las dirijia admirablemente, y como yo conozco mi deber, y sé muy bien cual es la mision de cada uno.

Antes de ir mas léjos necesito hacer aquí una explicacion que no se ha hecho. Todos saben que nosotros no salimos de Querétaro: que el enemigo se concentró á las puertas de aquella ciudad: que nos cercó y quedamos sitiados; pero nadie sabe por qué: Arellano lo atribuye á culpa mia, y con esto me obliga á referir los hechos para aclarar la verdad.

Cuando el Emperador en Querétaro cansado de esperar al Jeneral Olvera, y sabiendo de que el enemigo estaba ya en Celaya y en San Miguel de Allende, vió que se aproximaba el rompimiento de las hostilidades, resolvió marchar al encuentro

de sus contrarios, y dió la órden para salir dejando en la plaza una pequeña guarnicion á las órdenes del Jeneral Calvo. Llegó el momento de emprender el movimiento: lo comenzó el Jeneral Miramon con su infantería, en la intelijencia de que habia de continuar hasta encontrar al enemigo. El Emperador marchó en seguida, y antes de llegar á la garita de Celaya, el Jeneral Miramon vino á su encuentro y le dijo: "Mi descubierta se ha batido ya con el enemigo que le tenemos al frente. En consecuencia he formado aquí estableciendo mi centro en el Cerro de las Campanas y prolongándome á derecha é izquierda. El Soberano y yo recorrimos su línea, y la encontramos perfectamente en todo; pero esta formacion nos ocasionó el grave mal de quedarnos en la misma ciudad donde el enemigo pudo luego encerrarnos. Si Miramon hubiera avanzado siquiera media legua mas, se habría comprometido una batalla campal y todo se hubiera terminado aquel mismo dia felizmente para nosotros; pero aun cuando hubiéramos sido derrotados, sin embargo, perdiendo, hubiéramos ganado, porque no muriendo ni el Emperador ni sus caudillos, habrian continuado sosteniendo la causa."

hecho esta aclaracion para que se sepa

por qué no estaba fortificado el panteon de la Cruz.

Es tan grande la fatuidad de Arellano, y el anhelo que tiene de figurar que no hay un solo pasaje en que hable del Emperador, de Miramon ó de mí, que no diga al punto "que allí estaba él." Como para dar á entender que era un gran personaje que figuraba á la altura del Soberano, á cuya Augusta persona trataba sí como á su amigo de igual á igual. Y por eso dice que en la batalla del 14 de Marzo se paseaba con el Emperador y conmigo conversando los tres fraternalmente en lo mas reñido del combate ¿no le hubiera estado mejor á Arellano en momentos tan solemnes y tan críticos, recorrer la línea, visitar sus baterías, para desengañarse por sí mismo de lo que en ellas se necesitara: tener cuidado del parque jeneral para que estuviesen prontas cuantas municiones se le pidieran, y dar al Emperador partes frecuentes y detallados de cuanto ocurriera en la arma que mandaba, diciéndole además su parecer en todo lo relativo á ella? ¿qué me puede contestar Arellano? que aquel era su puesto; pero no para estarse de ocioso con los brazos cruzados, porque para eso mejor hubiera estado en su casa. ¿Qué no ha visto al jeneral D. Santiago Cuevas

en una batalla, recorrer su línea como un relámpago, apareciéndose instantáneamente en todas partes, hablar con sus artilleros, darles instrucciones, combinar sus fuegos, dictar con la velocidad del rayo cuantas providencias se necesitan en el momento, para sacar de sus cañones toda la ventaja posible, y alcanzar el mejor éxito con el arma que está á sus órdenes; comunicar todo al jeneral en jefe; y acordar con él lo mas conveniente para llegar al resultado que se desea? Antes he dicho que como jefe de artillería, Arellano puede pasar, luego verémos que ni para eso sirve.

Aquí refiere mi detractor una escena, que por mas que la desfigure y que la interprete mal, no puede ménos que honrarme siempre dando á me calumniador el mas solemne «Mentís» puesto que prueba mi lealtad hasta la evidencia. Dice que en lo mas nutrido del fuego de la batalla del dia catorce, paseándome con el Emperador en la plaza de la Cruz, de repente se me rodaron las lágrimas, é interrogándome S. M. sobre el motivo, le contesté: «nada Sr., sino que soy muy dichoso; á lo cuál me contestó el Soberano dejando tambien correr lágrimas de gratitud, y estrechándome en sus brazos, casi sin poder articular estas palabras. «Tiene vd. razon de estar contento, jeneral, pues

hoy es cuando salvaremos la Independencia de nuestra hermosa Patria.»

Es verdad que así pasó: fué el efecto de una de esas dulces emociones del corazón, que se sienten y no se pueden explicar. Al comenzar la batalla había yo visto los cerros que nos circundaban, cubiertos de tropas que formadas en columnas, con bandera desplegada y en el mejor orden, descendían como un torrente sobre nosotros, amenazándonos con una destrucción inevitable; y poco después veía yo á ese numeroso ejército que se había estrellado contra nuestros valientes, rechazado y despedazado, sin habernos podido tomar ni un palmo de terreno; por consiguiente yo veía nuestra victoria asegurada, así como la consolidación del Imperio y el porvenir de México. Natural era, pues, que poseído de regocijo, me entusiasmara hasta el grado de verter lágrimas de gozo; pero ellas fueron el mejor testimonio de mi fidelidad al Monarca, y de la buena fé con que peleaba, mientras que las lágrimas del Emperador, sus palabras amistosas, y la ternura con que me estrechó en sus brazos, son la prueba mas clara y conveniente de que S. M. que conocía tan perfectamente mis intenciones, mis deseos por el bien de mi patria y mi adhesión al Soberano, se

hallaba enteramente satisfecho de la lealtad que guiaba todos mis pasos.

Dice Arellano que tomado por el enemigo el Panteón de la Cruz, tenía abierta la puerta hasta la plaza que es uno de los proyectos que me atribuye; y ya hemos visto, y testigos fueron de ello los dos ejércitos, que ni por haber logrado nuestros contrarios ocupar un momento dicho Panteón pudieron seguir adelante ni un solo paso; ni yo les dejé en posesión de aquel terreno mas tiempo que el que tardé en entrar con el Teniente Coronel Rodríguez, á quitárselos, como lo conseguí; y esto como he dicho ántes lo presenciaron todos los que estaban allí: apelo á su testimonio:

No recuerdo la orden á que alude Arellano, dada al Jeneral Castillo para que se moviese con su división en apoyo de la Cruz; pero aun cuando así haya sido, puesto que Miramón y Castillo lo dicen en sus partes, ni tiene nada de particular, ni hubiera sucedido el mal que pinta Arellano, con el cumplimiento de aquella orden; ni yo tenía la menor responsabilidad.

En primer lugar, ¿qué tiene de raro que el Emperador viendo los cerros inundados de las tropas que descendían sobre la Cruz; amagándola tan seriamente, tendiendo la vista á nuestra línea

en aquella parte, y encontrándola tan débil por su escasa guarnicion, que por razon natural no era posible que resistiese el tremendo empuje que le amenazaba, y no observándose en aquel momento movimiento alguno del enemigo en otra direccion, hubiese dispuesto que la tropa mas inmediata ocurriese en auxilio del punto amenazado, y me diese la órden de que así se ejecutara? Al prevenirlo yo, no habria hecho mas que cumplir lo que se me mandaba.

¿No dice el artículo 33 del título 5º tratado VII de la Ordenanza jeneral del ejército: “durante la accion se mantendrá el Cuartel Maestre con sus Ayudantes cerca del Jeneral, llevando consigo el plan y disposiciones dadas para la funcion, á fin de que *si los movimientos del enemigo obligaren á variarlas, pueda aquel jefe (con presencia de lo mandado) tomar prontamente el partido que convenga?*”

No es cierto, ó por lo ménos no era infalible que separándose por un momento de su línea una pequeña parte de la division Castillo, ó aun cuando hubiese sido toda ella para ausiliar á la Cruz que era el punto mas interesante por su posicion, por ser la residencia del Emperador, por estar allí reunidos todos nuestros elementos de guerra y,

por otras mil razones, el enemigo se introdujese en la plaza por aquella línea puesto que no quedaba desguarnecida, por que Miramon debia cubrir la violentamente con el resto de sus fuerzas, mientras regresaba Castillo; pero aun cuando hubiésemos tenido la desgracia de que así sucediera, no por esto se habria perdido la plaza, porque las tropas del Jeneral Castillo, las de Casanova, las mismas de la Cruz, las de Mejía, y todos nosotros habríamos cargado rápidamente sobre él, y lo hubiéramos hecho pedazos en las calles de la ciudad. ¿No me vió Arellono hacer yo personalmente esto mismo en Morelia el diez y ocho de Diciembre de 1863? ¿No presencié que allí logró el enemigo posesionarse del colegio de las Rosas y de los parapetos adyacentes, y penetrar hasta el centro de la Plaza de Armas? ¿Y acaso por eso, me consideré perdido, ni me desanimé? ¿qué no recuerda que con solo 16 hombres del 1º de infanteria me lancé sobre mis contrarios que ocupaban la plaza, los arrojé de ella, y los replegué á balazos hasta encerrarlos en el Colegio de las Rosas, donde hice prisioneros á los 500 enemigos que se habian apoderado de aquella parte de mi línea? ¿Ha olvidado acaso, que despues de dejarla de nuevo guarnecida, seguí combatiendo en los

demás puntos hasta alcanzar la victoria? ¿pues, cómo supone que porque algunos soldados de los contrarios penetrasen por la línea que dejaba el Jeneral Castillo se habia de haber perdido la Plaza?

Ya he dicho que no recuerdo haber comunicado la orden de que se trata; pero la mejor prueba de que no fué así, ó por lo ménos de que no emanó de mí, es que no se cumplió, porque si yo la hubiera dado se habria cumplido. Por esperiencia propia sabe bien Arellano que lo que yo mando se hace: que nunca permito que se me desobedezca: que tengo sobrada energía para obligar á mis subordinados á cumplir su obligacion: que sé mi deber; y que en caso de una desobediencia habria yo volado inmediatamente al lugar de ella y hecho allí mismo un ejemplar castigo cualquiera que fuese la categoría del delincuente. Y como de la misma manera habria yo procedido respecto de cualquiera orden del Emperador que yo comunicara, porque habia yo de hacer que se cumpliese su voluntad, esto me convence de que no existió tal orden, y que en todo ello no hubo mas que una mala intelijencia, porque de otro modo cómo se comprende que por una parte yo le diese á Castillo una orden del Soberano en el momento de batalla, llamándolo en su auxilio, y por otra Mira-

mon ordenase á Castillo desobedecer lo que se le mandaba, quedando así burlada la orden del Soberano, sin que yo fuese á hacer que se cumpliera? De suerte que como he dicho antes, no pude haber habido mas que una equivocacion.

La historia de los acontecimientos muestra bien claro que yo no podia dar ninguna disposicion que contribuyese á la perdicion del Imperio cuando todo mi afan era trabajar empeñosamente en salvarlo derrotando al enemigo.—El mismo Arellano ha dado á conocer en su folleto, la escena pasada en la Plaza de la Cruz entre el Emperador y yo, que por mas que se desfigure, será siempre un testimonio de mi lealtad al Soberano. Si eso no basta, aquí tenemos otro todavía mas importante. Lo refiere en sus Memorias el teniente de artillería D. Alberto Hans en estos términos, hablando de la misma batalla del dia 14 de Marzo.

“Allí tambien fuí testigo de un rasgo de valor del Jeneral Marquez. En el momento en que el 3º de línea volvia bajo una granizada de balas, el Jeneral subió á la trinchera tras de la cual se hallaba una seccion de mi batería, diciendo á los soldados:—¡Entrad muchachos, entrad los habeis batido valientemente: ¡viva el 3º de línea!

“Las balas de los rifles silvaban y rebotaban



contra nuestras piezas; y todos nos admirábamos de no ver caer al Jeneral. Le suplicamos que se bajase; no hizo caso alguno de nuestras súplicas. El Emperador que lo vió, mandó dos veces á su ayudaute Ormachea, prohibiéndole que se espuciera de aquel modo.”

Quien así se esponia por el Emperador, no podia en manera alguna traisionarle.

Y si ni esto basta, aquí tenemos otra prueba que desmiente la acusacion de Arellano, de una manera todavia mas clara.

Despues del hecho que acaba de referir el Teniente Hans, advertí que por la huerta del Convento de la Cruz se oia hablar tropa enemiga situada al otro lado de la tapia de dicha huerta, que formando parte de la calle que corre desde la Garita de México y siguiendo el costado izquierdo del Convento de la Cruz, se prolonga hasta muy adelante de su puerta principal, terminando en una encrucijada, que por la izquierda conduce á la Alameda y llano de de Carretas donde estaba el Jeneral Mejia: por el centro al interior de la ciudad; y por la derecha al centro de la Plaza de la Cruz, distante de aquella esquina solo cincuenta pasos.

La fuerza enemiga de que estoy hablando cons-

taba de 3.000 hombres, y nadie se ocupaba de ella á pesar de haber llegado hasta la encrucijada, porque no era vista en razon de que la cubria perfectamente la tapia de la huerta que dejo mencionada. De suerte que si yo hubiera procedido de mala fé como tanto se empeña Arellano en sostener, aquí tenia yo una ocasion muy propicia sin necesidad del Panteon de la Cruz, ni de retirar las fuerzas de Castillo, porque con solo dajar continuar su marcha á la columna enemiga, ó hubiera batido de flanco á la caballería del jeneral Mejia, y atacado por la espalda la línea de Miramon si tomaba la calle de la izquierda: ó se hubiera internado hasta el centro de la ciudad si seguia la calle recta; ó bien si doblaba á la derecha se hubiera arrojado repentina y rápidamente sobre la Plaza de la Cruz, que era lo que pretendia, y Dios sabe lo que hubiera sucedido, porque en el parapeto de aquel lado, muy provisionalmente construido, no teniamos mas guarnicion que 20 soldados, con un pequeño obús de montaña.

Ahora bien, véamos lo que yo hice luego que tuve conocimiento de aquella fuerza enemiga.

Entré en la huerta mencionada: me cercioré del número y situacion de nuestros contrarios; les mandé arrojar granadas de mano, enseñando yo

mismo á mis soldados el modo de verificarlo; y entre tanto que se sostenia este ataque del uno al otro lado de la tapia, salí violentamente llevando al coronel Arellano que allí estaba, tomé la guarnicion del parapeto amenazado, hice llevar á brazo el obús de montaña, y de repente me aparecí con los valientes que me seguian, en la encrucijada donde el enemigo tenia ya su vanguardia, y rompiéndole un fuego de fusilería vigoroso y nutrido, acompañado de granadas disparadas por el mismo Arellano con el obús que llevamos, logré rechazarlo hasta su línea sin que volviese á intentar penetrar en la plaza, que así salvé con honra mia, gloria del ejército y beneplácito del Emperador, que testigo de todo, me concedió la medalla de primera clase del mérito militar, que S. M. estimaba como la principal de sus condecoraciones, puesto que no la concedia sino por una accion distinguida sobre el campo de batalla, cu yo honroso distintivo colocó S. M. sobre mi pecho con sus propias manos al partir yo para México.

Todo lo que acabó de referir lo presencié Arellano porque como ántes he dicho estubo á mi lado: el Emperador y sus ayudantes, y una multitud de compañeros que todavía viven. Y como el

mejor testimonio en este caso es el de Miramon. aquí lo presento en las palabras relativas á este hecho en su parte de aquella batalla, en el cual, queriendo elojiar á su amigo Arellano pero no pudiendo omitir la gloria que me pertenece, dice así al referir que atacó al enemigo en la Alameda: *«Este movimiento coincidió con la salida que hicieron del fuerte de la Cruz el E. S. Jeneral Jefe de Estado Mayor D. Leonardo Márquez, y el comandante jeneral de artillería D. Manuel R. de Arellano con alguna infantería, y una pieza de montaña, circunstancia que arrojó á las columnas enemigas que se habian adelantado á la derecha del mismo fuerte. Tal coincidencia libertó á la plaza del tenaz ataque que la amagaba por ese rumbo desde la mañana.»*

De suerte que, mientras que Arellano me acusa de querer yo entregar la plaza en aquel dia, Miramon declara oficialmente en su parte al Emperador que yo la salvé.

Esta declaracion de una autoridad tan respetable como Miramon y el relato de Hans que acabamos de ver, me presentan la ocasion de recordar á Arellano aquel artículo de ordenanza que dice, que la única certificacion á que debe aspi-

rar un oficial, es la pública notoriedad de sus hechos.» Es decir: porque es la mejor.

Dice Arellano que «yo me guardé bien de publicar en Querétaro el parte de Miramon de la batalla del 14 de Marzo; pero que el Emperador lo mandó por casualidad á México, donde se publicó.» No fué de casualidad, yo lo llevé con ese objeto, y por eso apareció publicado el 30 de Marzo, porque yo llegué el 27 del mismo.

## XII.

Tenáz Arellano en culparme por todo lo que pasó en Querétaro, me atribuye cuanto malo ocurrió allí y al fin de cada capítulo repite la cantinela de que va á probar mi traicion, sin que acabe de probarla nunca, y sin que pueda hacer otra cosa que prorrumpir en injurias, que no son razones.

Refiere el ataque de San Gregorio frustrado el 17 de Marzo, sustancialmente en estos términos.

Dice que «el Jeneral Miramon atacaria al mencionado Cerro por su izquierda y retaguardia, protegido por el Jeneral Castillo que figuraria un ataque falso por su derecha sobre la izquierda del enemigo; y que estando ya listo Miramon para atacar, se desgració su plan porque en esos momentos llegó el Jeneral Mendez al Cerro de las Campanas donde estaba el Emperador, y le dijo

que el enemigo entraba en la Plaza por el lado de la Cruz, y su brigada no habia podido relevar á la fuerza de Castillo para que concurriese al ataque. Que ya era de dia: que le era imposible colocar su brigada en el puesto que se le habia designado; y que ademas la plaza iba á ser tomada.» En cuya virtud el Soberano me preguntó: «¿Qué debia hacerse?» y yo opiné porque se retirará Miramon, puesto que ni podia ya emprender el ataque que habia combinado, ni se podia abandonar la plaza, que, segun Mendez aseguró al Emperador, iba á ser tomada.

¡Cuántas reflexiones se desprenden de esta uarracion de Arellano! en primer lugar, el plan de ataque sobre el Cerro de San Gregorio que Miramon propuso al Emperador, no era decisivo, sino parcial; porque no es como dice Arellano, que dicho punto contuviese el grueso del enemigo, sino solo la pequeña guarnicion que le correspondia. En segundo lugar, se vé que en todas las ocasiones que aquel jeneral quiso disponer del ejército para atacar al enemigo, lo tuvo á su disposicion, resultando de ello que es falso el que yo me opusiera nunca á ningun intento de ataque, y por el contrario, ayudé siempre para este fin, en